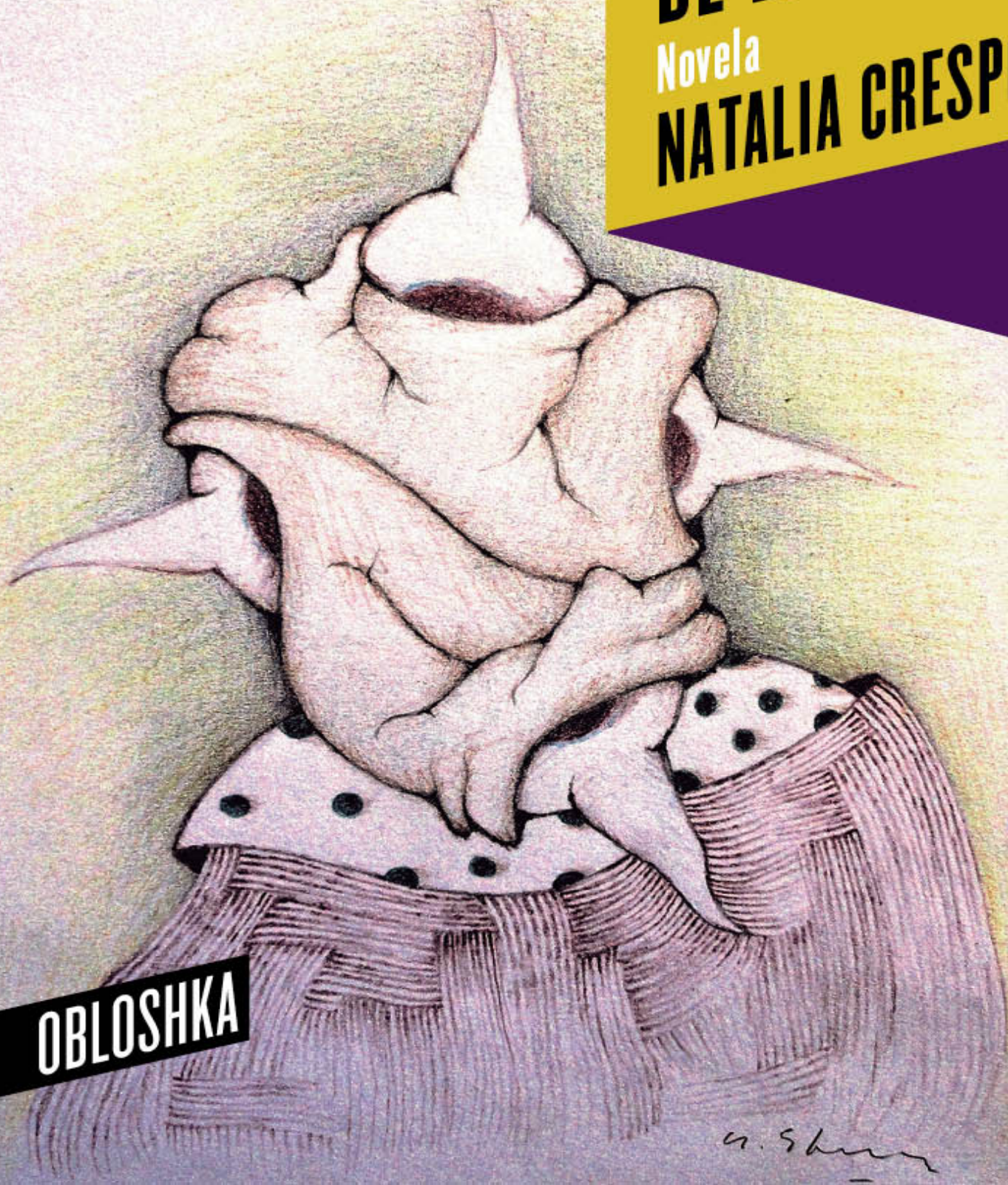


CON PERDÓN DE LA PALABRA

Novela

NATALIA CRESPO



OBLOSHKA

N. Crespo

CON PERDÓN
DE LA PALABRA

CON PERDÓN
DE LA PALABRA

NATALIA CRESPO

OBLOSHKA

OBLOSHKA

Dirección editorial: Gastón Levin / Silvia Itkin

Diseño de tapa e interior: Donagh / Matulich,
sobre diseño de colección Estudio ZkySky

La obra "Sin título" (dibujo con grafito y lápices sobre papel - 15 x 21 cm.,
año 2017) se reproduce con autorización de su autor, Gustavo Stocovaz

<http://guaznimu.blogspot.com>

© **Natalia Crespo**, 2019

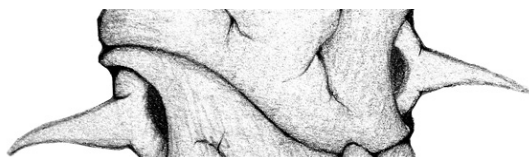
© **Obloshka**, 2019

ISBN: 978-987-46902-6-5

Hecho el depósito que marca la Ley 11.723

Libro de edición argentina. Impreso en Argentina.

Todos los derechos reservados. Prohibida la reproducción total o parcial
de esta obra sin previo consentimiento del editor/autor.



Crespo, Natalia

Con perdón de la palabra / Natalia Crespo. - 1a ed . - Ciudad Autónoma de
Buenos Aires : Obloshka, 2019.

224 p. ; 20 x 14 cm.

ISBN 978-987-46902-6-5

1. Narrativa Argentina Contemporánea. 2. Literatura Argentina. I. Título.

CDD A863

Para Diego, con amor

Los lugares, personajes y situaciones de esta novela son enteramente ficticiales. Cualquier coincidencia con la realidad es pura semejanza.

“Me aproximé y vi a una familia importante de Adrogué.
Vi sobre una mesa sobre un paño de seda un canelón.
Que no era un canelón sino algo expelido por matriz humana, de otra forma el cura no bautizaría. Averigüé y una enfermera me contó que todos los años la pareja distinguida traía un canelón para bautizar. Que el doctor le aconsejó no parir ya porque aquello no tenía remedio. Y que ellos dijeron que por ser muy católicos no debían dejar de procrear. Yo a pesar de mi minusvalía calificué el tema de asquerosidad, pero no podía decirlo. Esa noche no pude comer de asco.”

Aurora Venturini, *Las primas*

Su Señoría:



No nací para este encierro que me habita como un parásito, este encierro que aspiro y exhalo noche y día y que parece fogonearse en una pipa infinita. Tampoco nací para el fingir que, como un silicio, llevo clavado a mis carnes ya de un tiempo a esta parte. Cierto es que mi cuna era de lata, no de plata, y cierto es que el tiempo me fue llevando por este río de desgracias, la vida, montado yo a la cuna de lata y siempre bamboleante, siempre a punto de caer.

¿Escuchó alguna vez la expresión “¿es o se hace?”? Yo todavía no sé si soy o me hago, si mi problema acaso no fue confiar demasiado en lo que leía, más que en lo que veía y vivía, dejarme llevar por mis fantasías e ilusiones, siempre a la espera de lo soñado, al punto de no poder discernir los lechos de los hechos, los suelos de los duelos, lo propio de lo ajeno.

Solo usted puede remediar mi estado, señora Juez. Un hada buena frente a un huérfano viejo y andrajoso. Solo usted puede bajarme de la lata, subirme a la orilla, frotarme un poco, sacarme la pipa, desclavarme el silicio.

Le escribo esta carta confiado en que podré ablandar su jurídico corazón. Iré contándole la historia de mi vida y entenderá Su Merced cómo llegamos a esta situación, que me tiene a mí encerrado y a usted, ya verá, con el horror abriéndole la boca.

De nada sirve ser tan legalista, ajustarse tanto a la letra chica del Código Penal. Siempre hay caminos alternativos, Su Señoría, ramas inesperadas en este río zigzagueante por el que todos, sea en plata o en lata, navegamos a la deriva. Al fin de cuentas, no es tan mala la propuesta de mi abogadito. Piénselo. Un gran valor humano llamado “contactos” unido a otro gran valor humano llamado “dinero” sabrán aliviarle todo mal trago y usted quedará flotando, no solo en su cuna de plata, sino también con algunas orlas de oro embelleciendo su persona. Que no es coima, Su Merced. La familia prefiere llamarlo “agradecimiento”.



Vine al mundo marcado por la impiedad divina. Sin suerte. Sin el beneplácito de Afrodita, diosa del amor y la belleza. Se la hago corta: no tengo pies. Tengo dos piernas que el Señor —por desidia o afán de aquellarre— no quiso terminar de formar. Dos trozos de carne engordados en los muslos y escuálidos desde las rodillas para abajo, rematados en dos muñones a la altura de los tobillos. Luego, el vacío, la total ausencia de esas pequeñas raquetas perpendiculares al cuerpo. Pies, tan corta la palabra como el trozo de cuerpo que representan. Y tan inalcanzables. Pies, como una aberración del verbo piar.

Mi cuerpo siempre me avergonzó. Dicen que mi madre, Doña Herminia de los Nogales, de escaso entendimiento y aún más escasos recursos, al parecer no logró estarse quieta durante el embarazo porque debía trabajar la pobre sin descanso en un taller clandestino de Flores, fabricando medias y camisones y bombachas a destajo. Prendas de algodón, rosadas y suaves. Tan suaves y rosados como mis muñones al nacer yo. Con el desgaste de los años y la mucha intemperie, se han vuelto de un marrón arratonado y hoy tienen en las puntas esa rugosidad propia de los codos “normales”.

Sin embargo, el Señor tuvo un gesto noble conmigo, un descanso dentro de la fumada de porro que se debe haber mandado al concebir mi existencia: tengo un rostro hermoso, con un “perfil griego”, nariz recta y mucho pelo

renegrado y ondulado. Y mi belleza no termina en la cara: un poco por herencia, otro poco por los esfuerzos de la silla de ruedas, mis brazos son musculosos; mi pecho, amplio.

Pero, ante todo —y lo digo sin fanfarria— soy un hombre curioso y pensante. Desde el día en que descubrí en un libro de arte la escultura *El Pensador* de Rodin, declaré a mi alrededor (es decir, a los muchachos del barrio y los curas de mi colegio) el parecido entre mi figura (vista de costado, descontando el renegrado y sin enfocar muy abajo) y la del tal Rodin. Así que desde joven y un poco a pedido mío, todos me llaman “Muñón el Pensador”.

De no haber tenido una cuna de lata y desgraciada, habría vivido de esta riqueza espiritual, haciéndome catedrático o escritor o, mejor aún, Juez Nacional. Forrado en plata, habría recorrido el mundo con yates, autos importados y bellas amantes. Pero muy otra fue la suerte que me salió en las cartas de la vida. Si no hubiese nacido deforme, habría puesto pies en polvorosa, como decía mi maestro Bartolo (ya le iré contando quién ha sido Bartolo), pero no pude. Y de eso justamente trata esta historia: de pies, de polvos y de lo que no se pudo.



Soy de Benavídez, provincia de Buenos Aires, y nací en 1976. Más precisiones que estas no tengo, vaya a saber cuántos días después del alumbramiento se dignó mi padre a anotarme en el Registro de las Personas. Hasta de que yo fuera persona dudó el desalmado (por mi condición física, a la que ya me referí y que no hace falta repetir porque la deformidad es algo que nadie olvida, Su Señoría, y menos usted, jueza tan inteligente y dedicada).

Además de desalmado, mi padre era alcohólico y golpeador. Nunca supe su nombre de pila. Todos lo conocían en el pueblo (y yo lo conocía menos que todos) como Muñóz (o, en la jerga de los muchachos de Benavídez, "Muñó"). Cada tanto y sin decir agua va, Muñó desaparecía de casa llevándose el poco dinero que mi madre guardaba en la vasija de losa amarilla arriba de nuestra humilde mesa, casi siempre vacías (vasija y mesa). Cuando, al cabo de tres o cuatro días de ausencia, volvía a merodearnos, Muñó iba directamente a nuestros colegios (el de monjas, de mi hermana, frente al mío, de curas), donde ambos estábamos becados gracias a la caridad religiosa. Nos sacaba de las clases y nos convidaba algún fasito que fumábamos los tres a escondidas, apoyados sobre la pared trasera del colegio Sagrado Corazón de Jesús, pasándonoslo, como pipa de la paz, de boca en boca. Luego nos marcaba alguna quinta de la zona residencial cercana a Benavídez y nos instruía para que robáramos

algo del jardín. Mi hermana, ágil y delgada, un poco gacela, debía saltar las rejas y traer lo que pudiera. Si había alguna ventana abierta, el botín era jugoso... me acuerdo una vez que, de solo asomarnos, encontramos una billetera justo sobre un sillón pegado a la ventana abierta, esperando el manotazo. No siempre teníamos suerte. En general, las casas estaban cerradas y la Zulma solo podía traer lo que encontraba en el jardín de cada quinta: ropa de la sogá, algunas herramientas o cosas de la parrilla, a veces apenas alguna fruta que arrancaba de los árboles del fondo. Yo debía quedarme de campana en la entrada. Cualquier botín era ganancia para Muñó, que nos frotaba las cabezas en señal de aprobación y se iba por donde había venido, él también un poco alegre y volátil, pero no solo del faso fumado en ronda familiar. No guardo malos recuerdos de aquellos días. Mi hermana Zulma y yo, todavía niños y nada habituados al tabaco, pronto perdíamos pie de la realidad (tal vez lo mejor que podía pasarnos en la mísera Benavídez) y, por un rato, flotábamos sonrientes, casi alegres de haber visto de nuevo a nuestro padre. Mucho tiempo y grandes esfuerzos me costó, Su Señoría, dejar el mal hábito. “La sangre se hereda y el vicio se apega”, me diría Bartolo años más tarde.

Pronto los curas se percataron de lo que ocurría. Empezaron a dar aviso a las monjas cada vez que veían a Muñó acercarse al predio de los colegios. Nos escondían a Zulma y a mí en el subsuelo común para varones y mujeres, donde estaba la cocina, y nos ponían a rezar y a picar ajo (todo lo cocinaban con ajo los de aquella congregación), a rezar y a picar ajo y a rezar y a picar ajo, y así hasta que el peligro (o sea, Muñó) estuviera nuevamente lejos. Quizás por eso me han quedado grabados en el alma, para siempre y unidos, el Padre Nuestro y el olor a ajo. En cada merodeo

frustrado, la rabia de mi padre hacia los curas se acrecentaba, lo envolvía y mareaba como a nosotros el humo del tabaco.

Mi madre se llamaba, tengo dicho, Herminia de los Nogales. Era una mujer un tanto calva, ojerosa y renga. Explotada en el trabajo, abandonada de marido, sola en el hogar y a cargo de dos criaturas, ha tenido un pasaje más que duro por esta, nuestra vida terrenal. Dios quiso crearla, además de fea y desdichada, un tantín idiota (quizás para anestesiarla de tanta desgracia). Así que, lejos de guardar rencor, Herminia se la pasaba canturreando alegremente entre el patio de tierra y nuestra casita, ajena a sus padeceres, dándole de comer la poca comida que teníamos (unos choclos secos de dientes marrones) a las seis gallinas escuálidas de las que sacábamos más huevos de lo imaginable, en cantidades tan inverosímiles que llegué a creer que, como me decía Bartolo, se trataba de gallinas milagrosas.

A mi hermana Dios le pasó, como en caja bien embalada, la viveza que le escamoteó a mi madre. Se la pasó empaquetada y con moño, porque el Señor es así, ha separado un lote de cualidades y rasgos y miserias para cada familia y las va largando de a poco, de generación en generación, riente y gozoso como largaba mi madre los granos marrones a nuestras aves raquílicas. Belleza pa vos, torpeza pa vos, inteligencia pa este otro, y así sucesivamente hasta quedarse entre manos con el hueso pelado del choclo del destino.

A mi hermana Zulma no solo le tocó el grano de la viveza, sino también el de los rendidores pechos: inmensos como dos melones maduros, la han ayudado a abrirse camino en nuestra fútil existencia. Sin llegar a bella, por ser Zulma provocativa y astuta, gran bailadora de la danza del caño,

siempre vestida con ropa que resaltaba sus carnes (en el reparto del volumen corporal, todo fue para Zulma, muy poco para mí, Su Señoría), no tardó en conseguir fáciles medios de vida. En poco tiempo y a temprana edad (catorce o quince), ya tenía un leal proveedor de marihuana y varios “amigos”, en verdad clientes fijos. Mi madre la veía irse enfundada en sus minúsculos vestidos de colores chillones y decía, mientras se pasaba un huevo de una mano a la otra, la boca casi completamente desdentada, seseando y escupiendo al hablar: “qué hermosa ez la Zulma”. Y aunque Zulma, como tengo dicho, no era hermosa, vista con ojos maternos y comparada conmigo, baldado y en silla de ruedas, las palabras de mi madre no sonaban descabelladas. El Creador, por demás irónico, me dio un rostro bellísimo y un cuerpo sin pies, y a la Zulma, en cambio, un cuerpo bien formado pero rostro del tipo equino (“jeta de caballo”, le decían en Benavídez, y a veces también “yegüita”). Yo amaba a Zulma y celaba sus partidas: la miraba irse, en equilibrio sobre sus altísimos tacos, mientras maniobraba desde mi silla de ruedas para sacar de la sartén el huevo frito sin quemarme (mi madre, ajena a mí en su alegre idiotez, nunca me ayudaba).

Padre alcohólico y ausente, madre idiota y fea, hermana prostituta y yo, tullido de nacimiento. Como ve, Su Señoría, en mi familia no nos hemos privado de nada. Y eso que todavía no le hablé en profundidad de mí mismo.



Estoy a dos meses de vivir en el cotolengo al que usted me mandó y a dos días de empezada esta carta. Manso como agua de estanque. Llevo la cara gastada y con ella la esperanza, aunque no por eso he dejado de comer (o sorber) la sopa verde que llaman “cena” y más parece moco de anciano. Los duelos con pan son menos, decía Bartolo.

Fui uno de esos niños de quienes la gente dice “se hizo solo”, “en la escuela de la vida”. Hasta séptimo grado iba al colegio, más para no quedarme en casa que porque mi madre apostara a mi educación. Estaba a solo unos meses de egresar de la primaria cuando ocurrió un episodio horrible que reivindicó a mi padre ante los curas y truncó para siempre mi escolaridad. Iba al colegio San Pío XIV (enfrente, como le tengo dicho, del de mi hermana, Sagrado Corazón de Jesús).

El San Pío XIV era un establecimiento jesuítico. Además de lujoso e imponente ante mis ojos de niño pobre, tenía una enorme biblioteca con clásicos de la literatura española que devoré desde muy chico (Dios me ha mandado a mí el paquete de la curiosidad). Dirigía esta biblioteca el cura Bartolomé (¡oh, querido Bartolo!), natural de Cádiz, que me enseñó a nadar por las grandes obras del Siglo de Oro. A los doce años ya me había leído todo Quevedo, Mateo Alemán, *La Celestina* y *El Lazarillo de Tormes*. Por supuesto que mis compañeros de clase, enteros de cuerpo pero tullidos de alma —eso me decía